

# Poemas

Eduardo Milán

Hemos perdido aproximadamente  
tanto y tanto desde que recuerdo,  
que no sé ya qué tenemos, si es que algo.  
Lujo es que nos tengamos todavía,  
lujo un parecido, una similitud quedada  
que se ocultó debajo de una piedra,  
partió al desierto, se internó en el bosque,  
quedada, dentro de uno mismo,  
levantó vuelo un día sin moverse,  
un día sin, un día que no existe,  
un día sin un día, que tampoco  
existe, espero que nos quede, claro.  
Para ser reconocido por Gabriela,  
por Leonora, Andrés y Alejandro  
queda ese día que el deseo ansía, soleado,  
que se prolongue en otro, uno más, en tantos.

Saben que estamos desprendidos,  
¿verdad?, no arrancados, desprendidos  
y que hay que escribir desprendimientos,  
liberaciones, autonomías,  
que, cáscaras, cascotes,  
capa reseca de pintura nos vinimos  
abajo luego del portazo. Que,  
pieles al igual que pieles  
rojas de sol sobre la piel tomado,  
hubo un desprendimiento inmediato  
al crujido que, ramas,  
corteza, un corte en el fluir de la savia  
por adentro, se desprendió.  
Exacta la culpa voló al cielo  
que la recibió exacto, cielo de culpa  
libre. Llueve, y cuando llueve, dicen  
los que han visto, se mojan todos  
los desprendimientos, los poemas  
quedan empapados. Huele a animal, a pelo.  
No nos vendimos, ni a la tierra, calma.

Adoraban dólmenes,  
un grueso concentrado de austeridad concreta  
—si es posible así decirlo—, autoridad,  
memoria muda que se dice  
—para eso la palabra—,  
piedra que trascendía, hendía lo invisible  
manifiesto en la presencia: piedra salida de él  
como de su adelante, piedra de pecho, casi de ingle,  
alta, fálica. Deslumbra el alrededor vacío, hueco,  
aire entre las erectas, directas al cielo,  
bajo la estrellas, a su altura.  
Manos que se levantan, manos que bajan,  
gesto la oración, gesta un fundamento la vez  
que se reitera otra vez, himno, gimnasia  
—gimnasia como forma de homenaje a lo mejor,  
físico pero no sólo, también palabra, palabra física.  
Los que alejaron lo concreto a lo invisible  
inventaron la posibilidad entera  
para que desde allá, haciendo señas,  
extrañas señas sin manos, su hijo,  
el de la imposibilidad, el miedo  
pudiera así nacer, bastardo que se anticipa.  
No es que no existiera durante la adoración:  
estaba allí, elevado en ella, reconocible.  
Lo invisible lo ubica en todas partes,  
indiscriminado, listo para el acto.  
Sus descendientes dominan el mundo.  
De los que dieron luz verde a la piedra ninguno se acuerda,  
de los que dominan el mundo ninguno se acuerda,  
ninguno que los vea con buenos ojos.

La esperanza de que los inéditos  
 sean mejores —aun los anónimos, no para siempre—  
 que los éditos no nos niega, no nos hunde en lo ya hecho,  
 en la culpa de la posibilidad cuajada,  
 en los que murieron no leídos —eso es  
 cierto, el olvido de lo cierto—,  
 en el vaciado de palabras que pedían manos,  
 ojos, reconocimiento —no un favor—,  
 sed de ser bebidas,  
 mendigas de agua.  
 Qué decían esas letras,  
 qué no decían que apunta un reintegrarse a otra espera.  
 Nos afirma la continuidad escrita.  
 Hay rincones habitados por obras maestras  
 que desconocemos —autores también  
 mientras tanto, todavía—  
 sigue su curso la savia fecundando tronco, ramas,  
 más lo que brota alumbrado de raíz con color.  
 Sobre la rama canta el sabiá, uno de los que sabe  
 —según creo— esta verdad. Brinda  
 este conocimiento que cimienta el canto, de aquí  
 allá, con otro pájaro. Y la savia sigue su curso incluso  
 desbordando el árbol, ámbito que no sabe.  
 Todo se llama posibilidad de acceso,  
 la cuajada en el cielo, telaraña encendida,  
 la no cuajada, posibilidad de acceso.

---

Eduardo Milán, Uruguay, 1952, ha publicado: *Querencia, gracias y otros poemas* en 2003, *Habrase visto* en 2004, *Acción que en un momento creí gracia* en 2005. Estos poemas pertenecen al libro *Unas palabras sobre el tema*, que aparecerá bajo el sello de la editorial Umbral.